

# El Museo de Pontevedra: sus colecciones arqueológicas. Exposición y conformación

The Museo de Pontevedra: its archaeological collections.  
Exhibition and conformation

**José Carlos Valle Pérez**<sup>1</sup> (carlos.valle@depo.es)

**Antonio de la Peña Santos**<sup>2</sup> (antonio.delapena@depo.es)

Museo Provincial de Pontevedra

**Resumen:** El Museo de Pontevedra fue fundado por la Diputación Provincial. Nació el 30 de diciembre de 1927 para dar continuidad a la labor de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, creada en agosto de 1894 bajo la presidencia de Casto Sampedro Folgar. Este será su primer director. La entidad abrió sus puertas el 10 de agosto de 1929. El Museo está compuesto hoy por seis edificios, cinco emplazados en la parcela nororiental del núcleo histórico de la ciudad, el sexto fuera de ese recinto, aunque próximo a él. No se explicita en su denominación formal, frente a otros de idéntica progenie y marco territorial, su relación con el ámbito de la arqueología. Los fondos de esta naturaleza que atesora, sin embargo, son esenciales tanto en su origen como en su desarrollo, propiciando su recepción y su adecuada exhibición intervenciones de singular trascendencia en la evolución y conformación de sus espacios expositivos.

**Palabras clave:** Fundación. Crecimiento. Exposición. Remodelación. Colección. Trabajo de campo. Investigación. Difusión.

---

Museo Provincial de Pontevedra  
C/ Pasantería, 2-10  
36002 Pontevedra  
secretaria.museo@depo.es  
www.museo.depo.es

<sup>1</sup> Director del Museo de Pontevedra.

<sup>2</sup> Conservador Fondos Arqueológicos del Museo de Pontevedra.

**Abstract:** The Museo de Pontevedra was founded by the Diputación de Pontevedra (provincial government). It was born the 30th of December 1927 in order to give continuity to the work carried out by the Archaeological Society of Pontevedra, which was created in August 1894 under the supervision of Casto Sampedro Folgar. This will be the first director of such museum. The museum entity opened to the public on the 10th of August 1929. Nowadays the museum is formed of 6 buildings, five of them located in the north-eastern plot of the historic centre, and the sixth located outside the plot although within walking distance. Even if it is not explicitly an archaeological museum the pieces in its collection, however, are essential in either its origin or in its development, promoting their reception and their appropriate interventions exhibition of singular importance in the evolution and formation of its exhibition spaces.

**Keywords:** Foundation. Growth. Exhibition. Refurbishment. Collection. Field work. Investigation. Broadcasting.

El Museo de Pontevedra está compuesto hoy por seis edificios, cinco emplazados en la parcela nororiental del núcleo histórico de la ciudad, el sexto fuera de ese recinto, aunque muy próximo a él. No se explicita en su denominación formal, frente a otros de idéntica progenie y marco territorial, su relación con el ámbito de la arqueología. Los fondos de esta naturaleza que atesora, sin embargo, son esenciales en su origen y desarrollo, propiciando su recepción y su adecuada exhibición intervenciones de singular trascendencia en la evolución y conformación de sus espacios expositivos.

## La exposición de los fondos. Evolución.

El Museo de Pontevedra fue fundado por la Diputación Provincial. Nació a partir de una moción presentada el 30 de diciembre de 1927 por tres integrantes de la Corporación, entonces presidida por Daniel de la Sota: Alfredo Espinosa, César Lois y Gaspar Massó. Surgió, como se señala en el preámbulo de esta propuesta, para dar continuidad y completar el fecundo trabajo llevado a cabo por la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, una institución creada en el mes de agosto de 1894 a cuyo frente se encontraba Casto Sampedro Folgar, sin duda una de las figuras más destacadas de la erudición de su tiempo. Su fallecimiento, en abril de 1937, acabará propiciando la extinción de la Sociedad, producida formalmente el 30 de diciembre del mismo año, día en el que su extraordinaria colección de documentos, libros, fotografías, obras de arte y materiales arqueológicos se incorporaron, *pleno iure*, al Museo que unos años antes la había sucedido en sus cometidos e intereses.

Este nuevo Museo se asentó en un cuidado edificio construido en 1760 por José Castro Monteagudo, para su vivienda, en el centro histórico de la ciudad. Se ocuparon de su restauración, tras su compra, efectuada por la Diputación Provincial en 1928, Juan Argenti, arquitecto; Francisco Javier Sánchez Cantón, subdirector, entre otros cargos que ya ostentaba, del Museo del Prado; y Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, artista y figura esencial entonces de la intelectualidad gallega. Los tres formaban parte del Patronato fundacional de la entidad, constituido formalmente el 30 de enero de 1929. Unos meses más tarde, el 10 de agosto, el centro abrió sus puertas al público.

Los fondos arqueológicos de mayor porte recibieron acomodo inicialmente –en realidad continuaron ubicados en ellas, donde estaban desde 1894, año de nacimiento de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra– en las ruinas de Santo Domingo. Fueron reordenados como consecuencia de una reformulación de espacios resultante de un convenio/permuta firmado en 1945 con el vecino Instituto de Enseñanza Media, conformando lo que entonces se denominó la «Sección lapidaria del Museo», definida y concluida en el verano del año 1950.

La intervención en las ruinas, esencial para poner en valor los excepcionales materiales que en ellas se hallaban, escalonados cultural y cronológicamente desde la prehistoria hasta la Edad Moderna, hizo ver la necesidad de renovar formal y conceptualmente las salas, consagrándolas en su totalidad a la exposición de fondos arqueológicos, ubicadas en la planta baja del ya citado edificio Castro Monteagudo, el fundacional del Museo. Nace esta exigencia también de la obligación de exponer adecuadamente piezas incorporadas en los años inmediatamente anteriores a los que estamos considerando. Figuraban entre ellas las integrantes del excepcional *Tesoro de Caldas*, llegadas al Museo en febrero de 1942, las cuales venían a sumarse a otras de similar adscripción cronocultural e idéntico metal como las procedentes de Foxados y Agolada, recibidas en 1933 y 1937, respectivamente, conformando las unidades que integran estos tres tesoros uno de los más espectaculares conjuntos de orfebrería áurea prehistórica reunidos en la península ibérica. Es entonces, fruto de ese ambiente/deseo de renovación expositiva –de contenidos y de presentación–, cuando se reitera, en los primeros días de junio de 1952, una petición de depósito mutuo de objetos pre y protohistóricos que en el mes de marzo de 1944 se había formulado al Patronato del Museo Arqueológico Nacional, con sede en Madrid, por parte de su homólogo de Pontevedra. Resultan especialmente esclarecedoras a este respecto dos cartas de José Filgueira Valverde, director del museo pontevedrés, una dirigida a Joaquín María de Navascués, inspector general de los Museos Arqueológicos de España, en la que reitera la oferta de intercambio de materiales del Museo de Pontevedra y el Arqueológico Nacional de Madrid, y otra enviada a Luis Vázquez de Parga, esta, en la que insiste en las mismas ideas, acompañada de una nota y un gráfico en los que detalla el contenido que debían ofrecer las nueve vitrinas que conformarían la sala, qué es lo que ya tenía el museo para ellas y qué necesitaba para poder completarlas, significando también que esta primera «Sala general», con las citadas nueve vitrinas, actuaría como «vestíbulo [...] puramente pedagógico».

La petición surtió efecto y, con fecha 15 de julio, la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional remitió al Director del Museo de Pontevedra un escrito en el que se recogía la relación de objetos que, a propuesta del Patronato del Museo Arqueológico Nacional, se depositaban en el de Pontevedra.

Los fondos cedidos por el Museo madrileño, junto a otros de dispar procedencia, de fuera (Museo del Prado, Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Comisaría General de Excavaciones) y locales (Instituto de Pontevedra, Sociedad Pro-Monte de Santa Trega), así como de particulares (Fermín Bouza Brey, Carmen Romero) y propios, entre los cuales, por su entidad y número, tenían un protagonismo marcado los originarios de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, pudieron ser contemplados como un todo orgánicamente dispuesto a partir del mes de septiembre de 1952 en las tres salas, entonces renovadas según un proyecto de R. Fernández Cochón, ubicadas en la planta baja del edificio Castro Monteagudo. Pese a ser parte integrante –y muy importante– de la colección permanente del Museo, su apertura no se explicitó como tal. Se publicitó como si de una muestra temporal se tratara –la XVI, según



Fig. 1. Ruinas de Santo Domingo. Foto: L. Novás, ca. 1928. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.



Fig. 2. Edificio Castro Monteagudo. Sala de Arqueología I. Foto: Graña, ca. 1956. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

el cómputo de la misma entidad–, incidiéndose en su difusión en el carácter didáctico de su distribución y montaje.

Estas nuevas salas, cuyos ámbitos, no los contenidos y su presentación, permanecieron prácticamente sin cambiar durante más de medio siglo (en puridad hasta la inauguración, en el mes de agosto de 2013, de la Sección de Prehistoria y Arqueología en las salas ubicadas en la periferia de la primera planta del rehabilitado Edificio Sarmiento, lo que conllevó el traslado a ellas de todos los materiales que hasta entonces se exhibían en la planta inferior del edificio Castro Monteagudo), fueron visitadas el 22 de julio de 1953 por los participantes en el III Congreso Arqueológico Nacional. En el transcurso de la sesión académica de este celebrada en la ciudad, pronunció una conferencia sobre «La Carta Arqueológica de la Provincia de Pontevedra» el entonces director del Museo y, por ello, responsable último de la reformulación de estas salas, J. F. Filgueira Valverde.

Un cambio especialmente significativo en relación con la presencia y proyección de las colecciones arqueológicas del Museo comenzó a producirse a finales de los años 70 de la pasada centuria tras la decisión de la Diputación de asignarle para su uso la parcela más antigua del viejo Hogar Provincial, esto es, el claustro y las dependencias a él asociadas, que habían pertenecido al colegio que los jesuitas habían fundado en la ciudad en 1653. Comenzaron los trabajos de reformulación de esas estancias en el año 1979 de la mano de los arquitectos Ricardo Aguilar Argenti y Rafael Fontoira Surís, este último referente único de la intervención en el edificio entre 1980 y 1984, año en el cual, en el mes de agosto, se procedió a la inauguración oficial de todo el conjunto. Un año antes, avanzada la primavera de 1983, se habían abierto, en la planta baja, las salas destinadas a exponer las colecciones de prehistoria y arqueología, con secciones específicas consagradas a grabados rupestres, miliarios, aras, estelas funerarias y epigrafía romana, y, finalmente, laudas sepulcrales, capiteles y elementos arquitectónicos diversos de época tardorromana y altomedieval.

Este último edificio, conocido desde los años 80 con el nombre de Sarmiento en recuerdo del sabio monje benedictino que en él aprendió las primeras letras, fue sustancialmente renovado entre los años 2008 y 2011 a raíz de la construcción en sus proximidades, entre 2004 y 2008, de un nuevo inmueble, el sexto de los que componen el Museo de Pontevedra en la actualidad (así, con ese nombre, el Sexto, es como se le conoce todavía). Dos cambios importantes ofrece en su conformación actual el edificio Sarmiento, desde el punto de vista formal, con respecto a la imagen que exhibía el precedente: la apertura, en las dos plantas del claustro, de amplios vanos que comunican sus galerías con el patio y la unificación de espacios, la superación de la compartimentación en salas pequeñas que exhibía el inmueble tanto en el entorno de los dos pisos del claustro como en el ámbito que, para salvar el desnivel del terreno, bajo él se ubica. El tratamiento formal y material que, en lo que no procede del siglo XVIII, recibieron en su reacomodo todas las dependencias es idéntico –fruto de una misma dirección de obra– al que exhiben las del Sexto edificio, resultando en ellas particularmente evidente el protagonismo de los pavimentos de madera y el hormigón visto de las cubiertas de las salas.

El proyecto museológico concebido para el edificio Sarmiento por el equipo técnico del Museo debió ser modificado en tres ocasiones. Contemplaba en un principio la instalación en la planta baja, lógica por el enorme peso de algunas piezas (losas megalíticas, petroglifos, epigrafía romana, etc.), de las colecciones de prehistoria y arqueología. La decisión, no de





Fig. 3. Edificio Sarmiento. Sala de Miliarios. Foto: J. A. Gómez, ca. 1986. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

los profesionales de la entidad, de destinar a restaurante prácticamente toda esa planta (sólo acabará quedando ahí la espléndida serie de miliarios, alguno de capital significación para la historia local), obligará a buscar acomodo para una selección de esas piezas en las salas perimetrales de la primera planta del claustro. En las galerías de esta, concebidas en un principio como espacios de tránsito, se ubicaron, a su vez, las obras que estaban destinadas a ser exhibidas en su periferia.

Una nueva alteración en el discurso expositivo, ajena también al equipo técnico, se produjo en pleno proceso de montaje. Afectó ahora a la segunda planta. Conllevó la liberación en su totalidad de las galerías claustrales y en parte de una de las salas perimetrales, viéndose así muy alterado el discurso expositivo previsto, parte del cual, por falta de espacio, debió ser suprimido, reduciéndose por ello drásticamente la entidad de lo que iba a ser exhibido.

El proyecto que finalmente se llevó a cabo conllevó la instalación en la planta primera del claustro –galerías y salas perimetrales– de las colecciones de prehistoria, mundo antiguo y Edad Media. Estas últimas, enlazadas con las de tiempos góticos a través de un tímpano del siglo XIII ubicado en el edificio de vidrio levantado entre el Sexto y el que nos ocupa, se dispusieron en las galerías claustrales. Las otras series se instalaron en las salas exteriores: una, la menor, destinada a exponer piezas de arqueología «foránea» (egipcias, mesopotámicas, etruscas, griegas, ibéricas, romanas), otras, las restantes, articuladas para ofrecer un discurso continuo desde los tiempos más remotos de la prehistoria en el noroeste peninsular hasta los más tardíos del mundo romano, cuando se documenta ya la introducción de las ideas cristianas.



Fig. 4. Edificio Sarmiento. Sala de Prehistoria I. Foto: Miguel Vidal, 2013. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

La distribución final de las colecciones, forzada por las circunstancias comentadas, no impidió, sin embargo, la incorporación al discurso expositivo de sugestivas novedades conceptuales, fruto de la más reciente investigación (véase, por ejemplo, la exhibición en una misma sala, sin solución de continuidad, de losas megalíticas grabadas y con pintura junto a petroglifos). Las ideas que guiaron su acomodo, por otro lado, no fueron distintas, en esencia, de las que se aplicaron a las dos primeras plantas del Sexto edificio. Si aquí el emplazamiento en la periferia o en el interior venía condicionado por la progenie de las obras (Galicia/resto de España), ahora esa diversificación estaba marcada por la cronología: lo más antiguo se ubicaba en la periferia, lo más reciente se acomodaba en el interior.

Esta renovación expositiva fue inaugurada el 21 de agosto de 2013. Unos meses más tarde, a principios de julio de 2014, se puso en marcha, sin conocimiento de los técnicos del Museo, que se enteraron de él por su publicación en los boletines oficiales correspondientes, un proyecto, cofinanciado con Fondos europeos, denominado depoDeza, *dinamización económica de la comarca de Deza*. Conllevó, por un lado, la conversión del área de prehistoria y arqueología del Museo de Pontevedra en apéndice de un genéricamente denominado Centro Virtual de la Cultura Castrexa, una de cuyas sedes se ubicaría en el Castro Tecnológico ubicado en Lalín, y, por otro, la reformulación del contenido, de su distribución y de la museografía de las salas ubicadas en la periferia y en la planta baja del claustro del edificio que estamos considerando.

El resultado de esta intervención, en la que se dio prioridad al continente frente al contenido, a lo accesorio frente a lo sustancial, fue, por una parte, la distorsión de la visión de la



Fig. 5. Edificio Sarmiento. Sala de Prehistoria I. Foto: Miguel Vidal, 2015. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

secuencia de la implantación humana en las tierras que conforman el cuadrante noroccidental peninsular y, en especial, las pontevedresas, potenciando la singularidad frente a la normalidad evolutiva; por otra, la supresión de la presencia de testimonios de otras culturas y territorios, esenciales por su valor material y, sobre todo, como instrumento de comparación, y, finalmente, la retirada del ámbito de exhibición de todas las piezas altomedievales y románicas que se hallaban expuestas en las galerías claustrales inmediatas, entre ellas el «repatriado» tímpano de San Xoán de Palmou (Lalín), adquirido en Milán en 2004, o dos profetas –verosíblemente Elías y Enoc– procedentes de la fachada exterior del Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago, obra excelsa de su tiempo (el tránsito del siglo XII al XIII) vinculada al magisterio del afamado Maestro Mateo. Esta amputación conllevó también la ruptura de la coherencia del discurso expositivo que permitía ofrecer como partes de un todo las colecciones que se exhibían en los edificios Sarmiento y Sexto, independientes como tales, aunque enlazadas, unidas formal y programáticamente.

## Las colecciones. Origen y desarrollo

La génesis de las colecciones arqueológicas del Museo no difiere de lo habitual en este tipo de instituciones. A los fondos recibidos de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra pronto se unieron los depósitos de la Administración (frutos de prospecciones y excavaciones oficiales), y de organismos como el Museo del Prado (bustos romanos), Museo Arqueológico Nacional (cerámicas y bronce ibéricos, púnicos y romanos, exvotos de Calvi...), Seminario de Historia Primitiva del Hombre (líticos del Manzanares, cerámicas del Bronce, Hierro y romanas, ajuar





Fig. 6. Ara a Edovius recientemente localizada en Caldas de Reis. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

sobre la organización social e intelectual de la población galaico-romana. Entre las votivas destacan conjuntos tan sorprendentes como los del Monte do Facho, con más de treinta aras consagradas al parecer a una divinidad indígena –*Larius Breus* con variantes–. Aparecen las divinidades latinas más corrientes –*Diana, Iovi, Neptunus, Nymphae, Pietas, Lares Viales...*–, las de un presumible panteón indígena –*Aernus, Dever [...], Vestius, Edovius, Cosus...*–, y las asociaciones entre ambos –*Mars Cairiogiegus, Larius Breus...*–. Las inscripciones funerarias muestran la introducción e implantación de modelos y rituales romanos en el medio indígena con una onomástica esencialmente latina –*Faustinus, Fronto, Iunius, Lentinus, Lucius, Marcilla, Placidus, Quintus, Rufinus, Rufus, Seneca, Severus, Titus, Vitalis...*–, aunque no falte la griega –*Cresopes*– o la indígena –*Pusinca, Colupata*–. Un grupo de estelas antropomorfas podrían ilustrar la transición al cristianismo. Piezas singulares son la pila monolítica de Mougás y la inscripción monumental de Santa Eufemia.

### La orfebrería antigua

Desde la fundación del Museo comienza a tomar forma otra colección emblemática: la de orfebrería antigua. Los conjuntos de Agolada, Caldas I y II, Antas de Ulla, Lamela, Foxados y Bedoya, y otras piezas sueltas, suman espectacularidad, atractivo estético e información histórica, haciendo del museo punto de referencia. Datados a lo largo del III milenio a. C., el *Tesoro* de Agolada (dos anillas-lingote y una gargantilla de lámina repujada e incisa formando metopas), y el famosísimo *Tesoro* de Caldas I (del que se conservan un peine, tres vasos,

funerario visigodo...), o la Compañía General Azucarera (piezas altomedievales), a los que hay que sumar donaciones de mecenas como José Fernández López (anillos romanos, cerámicas griegas, objetos egipcios y de Oriente Medio, vidrio romano...) y depósitos y donaciones de centenares de particulares.

Buena parte de la «culpa» de la existencia del Museo está en colecciones previas de objetos arqueológicos, como los cuatro miliarios recogidos a finales del XVIII por el arzobispo Sebastián Malvar Pinto, y los aportados por la Sociedad Arqueológica durante los años de transición entre el XIX y el XX. Los diecinueve ejemplares actuales abarcan un espacio temporal comprendido entre los años 134 y 351 de nuestra era y muestran el paso de la calzada XIX a través de la Depresión Meridiana: desde el sur por Tui, procedente de *Bracara Augusta*, hasta el norte por Cesures camino de *Lucus Augusti*.

### La epigrafía romana

Medio centenar de inscripciones votivas y una treintena de funerarias aportan información



Fig. 7. Parte conservada del espectacular tesoro de Caldas de Reis. Foto: Roberto Quintero, 2003. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

veintiocho anillas-lingote macizas, tres lingotes-barra y seis fragmentos de lámina de tiras, la mayor acumulación de oro –14,9 kg de los más de 25 originales– conocida en la prehistoria europea) se entienden dentro del modelo desigual de organización social de los tiempos de la introducción de la metalurgia, en los que se podría incluir el conjunto de espirales de plata de Antas de Ulla.

A los siglos medios del II milenio a. C. pertenecerían el Tesoro de Caldas II (cincuenta y tres laminillas de oro enrolladas procedentes de una antigua diadema repujada y troceada, y un aplique cónico de afinidades centroeuropeas) y los dos brazaletes de Lamela.

La tradición orfebre galaica alcanzará su cénit en el período castrejo de la Edad del Hierro justo antes y durante su integración en el Imperio Romano a partir de mediados-finales del siglo I a. C. Las nuevas formas de ostentación de la riqueza –oros pobres para objetos aparatosos– se ven en el Tesoro de Foxados (seis torques más o menos completos de los que cuatro son de diseño simple con remates en perillas lisas, y los otros dos con notable aparato decorativo: alambre enrollado cubriendo los dos tercios proximales junto a las perillas en uno, amplios remates en doble escocia con filigrana en el otro).

La aparición de orfebrería retirada de la circulación por ocultamiento en momentos de crisis se ve también en el mundo castrejo-romano y galaico-romano. El Tesoro Bedoya es una acumulación de objetos heterogéneos con un vínculo común: su elevado valor económico. Un recipiente romano de bronce con tapadera (trulla) guardaba una diadema de oro repujada,



Fig. 8. Aspecto general del tesoro Bedoya. Foto: Roberto Quintero, 2003. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

dos arracadas tabicadas con alambriillos trenzados adheridos, otras dos con decoración entomorfa de granulado y alambriillos trenzados adheridos, dos anillos con piedras semipreciosas, veintisiete denarios y dos áureos. Conviven elementos de diferente filiación: al recipiente, monedas –la más reciente del 91 d. C.– y anillos de condición romana se unen piezas «indígenas» –diadema, arracadas–, en las que sobresale un preciosismo también visible en las otras dos arracadas que guarda este museo halladas en O Irixo y Cances.

### La metalurgia atlántica

Las transformaciones socioeconómicas que llevarán a la consolidación de la Edad del Bronce tienen reflejo en la más completa colección del NO peninsular, clave para entender la evolución de la metalurgia y la existencia de un marco cultural atlántico. Si el puñal de espigo plano y las puntas de jabalina del «depósito» de Monte das Cabras hablan de la simplicidad de los primeros objetos de cobre, las dos hachas planas de filo desenvuelto y los dos puñalitos de empuñadura de remaches del de Codeseda confirman la introducción de mejoras formales y el empleo de una aleación estandarizada de verdadero bronce, avances tecnológicos que tendrán consecuencias en los intercambios: necesidad de estaño –abundante en esta zona– y de cobre –relativamente escaso–. Las relaciones a larga distancia serían responsables de la presencia del puñalito del río Ulla o la espada de Meira, y acaso del puñal de tipo licio dragado en el Ulla. Rutas Atlántico-Atlántico y Atlántico-Mediterráneo que alcanzarán su cénit entre el II y el I milenios a. C. Los estoques de lengüeta trapezoidal dragados

en el Ulla tal vez hayan sido fundidos en las inmediaciones del Canal de la Mancha; las espadas pistiliformes dragadas también en el Ulla son fruto de una evolución que culmina con los modelos «en lengua de carpa» como es el caso de la espada dragada en el Miño frente a Salvaterra.

Algunos conjuntos de finales de la Edad del Bronce podrían reflejar problemas de abastecimiento tras la irrupción fenicia en el Atlántico en el VIII a. C. y la introducción del hierro. El heterogéneo «depósito» de Hío y sus elementos ya amortizados, para refundición, se inscribiría en esta problemática. En el «depósito» de Samieira (ciento setenta hachas de tope con dos anillas apiladas en capas y enterradas bajo una losa), lo peculiar de la forma de las hachas, la ausencia de huellas de uso, y la composición del bronce en que fueron fundidas –adulterado con altos porcentajes de plomo en sustitución de parte del cobre y del estaño, que se traduce en una dramática disminución de su resistencia mecánica–, plantean la función última de unos objetos frágiles y de diseño complicado pero producidos a millares a lo largo de la Europa Atlántica, como acreditan otros conjuntos custodiados en el museo procedentes de Noalla, Mougás, o Cabeiras. Quizás la crisis derivada de la irrupción de los comerciantes fenicios en las rutas oceánicas y la introducción en ellas del hierro moviesen a los focos atlánticos productores de manufacturas de bronce a competir ampliando y abaratando la producción.

## Los trabajos de campo

La coordinación desde el Museo de investigaciones de campo en la provincia incidió sobre un amplio elenco de yacimientos. Las campañas de 1980 y 1981 en el famoso yacimiento paleolítico de Budiño, documentaron con precisión un asentamiento con industria de modo 2 en la que destacan cantos tallados, bifaces, hendedores, raederas, denticulados..., tallados en cuarzos y cuarcitas locales, con indicios de una ocupación posterior durante el Paleolítico Medio. Las excavaciones actuales en Portomaior y O Cabrón están aportando industria de una antigüedad cercana al medio millón de años.

En 1953, la celebración en el Museo del III Congreso Nacional de Arqueología coincide con el inicio de esta actividad. Comienzan las primeras excavaciones arqueológicas dignas de tal nombre en monumentos megalíticos: varias mámoas de la península de O Morrazo –Chan da Armada, Chan de Castiñeiras y Chan da Arquiña, donde se documentan ajuares funerarios

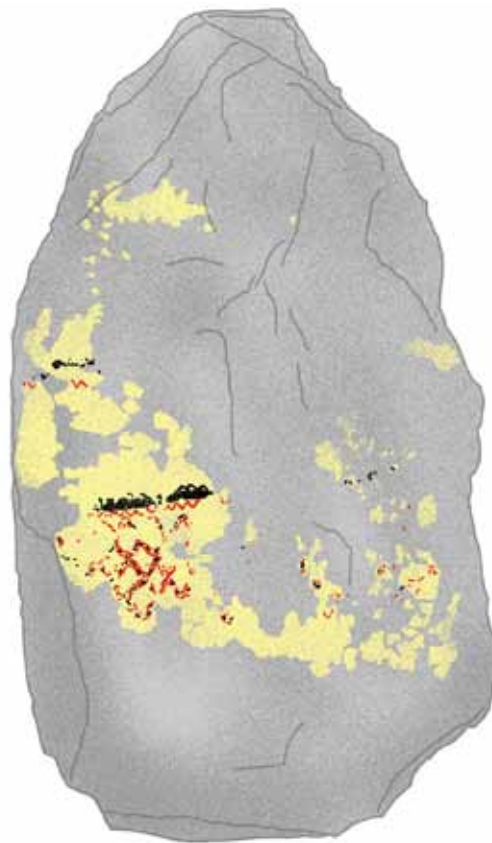


Fig. 9. Calco de F. Carrera de uno de los ortostatos pintados del megalito de Monte de Marxos.



con vasos cerámicos lisos, puntas de flecha, láminas y microlitos de sílex, cuarzo, arenisca y pizarra, cuentas de collar, hachas y azuelas pulimentadas, esferas pulimentadas de mármol y arcilla... La coordinación desde el Museo se intensificará en la década de los 80 con excavaciones en otros monumentos tumulares de la provincia: O Marco do Camballón, Chan da Cruz, As Rozas, As Pereiras, Monte de Mon...

Sin salir del megalitismo, se han ido recibiendo restos de monumentos destruidos con indicios de arte parietal grabado y/o pintado: las alineaciones de círculos, ondulados y un posible heliomorfo grabados sobre las losas de la mámoa de A Braña, o los diseños geométricos pintados en negro y rojo sobre preparación blanca de las de Monte dos Marxos, datados por C14 en torno al 4000 a. C.

La estela antropomorfa de San Salvador de Poio y la losa lateral de una cista arrasada en Coitemil sirven como nexo de unión con otro campo específico: el de las manifestaciones de arte rupestre al aire libre. Presenta la estela el diseño grabado de una figura humana con manos, pies y túnica ondulada; y la losa, su cara interna cubierta por una retícula grabada de líneas en aproximado zigzag, un estilo decorativo derivado del arte megalítico más corriente, usado ahora en una estructura funeraria fruto de los cambios socioeconómicos de la introducción de la metalurgia a mediados del III milenio a. C.: los enterramientos individuales, de los que serían ejemplos las dos cistas de Gandón: una, de inhumación, con una punta de jabalina de cobre y un brazal de arquero de arenisca; y la restante con restos de una cremación.

El Museo, heredero de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, institución a la que se debe el conocimiento y reconocimiento del arte rupestre galaico, se levanta en el centro neurálgico de esta manifestación cultural, de ahí que su presencia en la colección estable sea significativa, bien restos originales como los fragmentos de Samieira, la *Laxe das Picadas* o la *Laxiña dos Cervos* (caracterizados por la presencia de diseños geométricos –puntos, círculos concéntricos, espirales, trazos diversos– o figurativos –cérvidos y, en la *Laxiña*, una escena de caza de ciervos con perros–), bien reproducciones en yeso como las obtenidas a primeros del siglo xx por Ramón Sobrino Buhigas. Desde el Museo se coordinó la intensa labor de prospección y documentación de la década de los 80, que supuso la aportación de más de medio millar de nuevos petroglifos al patrimonio cultural.

La península de O Morrazo, por la riqueza y variedad de sus yacimientos, fue un objetivo principal. La actuación en monumentos megalíticos como Chan da Cruz sirvió, por ejemplo, para la obtención de las primeras dataciones absolutas para el megalitismo galaico; en O Casal y Chan dos Carrís se documentaron por vez primera en Galicia yacimientos de finales de la Edad del Bronce; en fin, varios asentamientos de los primeros tiempos de la metalurgia siguen siendo referentes para un período del que por entonces se desconocía prácticamente todo: O Regueiriño, A Fontenla, O Fixón y Lavapés.

O Regueiriño destaca la presencia de recipientes de cerámica con profusa decoración incisa e impresa y permite aproximarnos a las comunidades campesinas de la transición entre el Neolítico y la metalurgia, datación que coincide con la obtenida por C14 en el nivel inferior del inmediato yacimiento de A Fontenla, de características semejantes pero en el que ya concurre la cerámica campaniforme, que será mayoritaria en asentamientos como O Fixón o Chan de Armada.



Fig. 10. Podón y cuchillo de hierro de los niveles del VIII-VII a. C. en los castros de Torroso y Penalba. Foto: Roberto Quintero, 2003. Archivo Gráfico del Museo de Pontevedra.

Por fin, en Lavapés un nivel de ocupación con cerámicas semejantes a las de O Regueiriño aparece fosilizado por otro –datado por C14 a mediados del III milenio a. C.– en el que predominan las cerámicas globulares con decoración geométrica de bandas incisas metopadas del estilo *Penba*, y con evidencias de transformación de mineral de cobre semejantes a las que se aparecen también en O Fixón. Eran las primeras pruebas materiales de labores metalúrgicas en las comunidades campesinas galaicas.

En 1950 se inician las campañas sistemáticas en A Lanzada, un yacimiento que presenta una secuencia ocupacional apenas interrumpida entre, al menos, el siglo VI a. C. y la Alta Edad Media. Básicamente, un asentamiento castrejo de topografía inusual –no se ven elementos defensivos– con un significativo peso de la agricultura, la ganadería, la pesca de bajura y litoral, el marisqueo, el artesanado y los intercambios con las factorías fenicias y púnicas del sur peninsular reflejados en los restos de ánforas, cerámicas pintadas y manufacturas de hierro. Durante la fase *castrejo*-romana, la extensión del poblado se redujo, y al tiempo que convivían las estructuras habitacionales tradicionales de planta curva con las plantas complejas propias de los nuevos tiempos, la duna eólica que sepultó la parte abandonada se utilizó como necrópolis: las sepulturas de inhumación dieron paso a las inhumaciones, desde las más simples (apenas unas cuantas piedras mejor o peor dispuestas) hasta las de téglulas e ímbrices con cubierta a dos aguas; desde las provistas de ajuar funerario (*acus crinalis*, vasos de vidrio

y recipientes de cerámica –algunos, pintados–) hasta las carentes de ofrendas. Las características del yacimiento son extraordinarias: no sólo ofrece una secuencia casi lineal de alrededor de un milenio de ocupación sino que el tipo de suelo permite la conservación de buena parte de la materia orgánica.

A Lanzada es el inicio de la coordinación desde el museo de investigación de campo sobre el mundo *castrexo*. Los resultados de las campañas desarrolladas durante la década de los 80 en Torroso, Penalba, Troña, Vigo o Santa Trega contribuyeron a un considerable vuelco en los conocimientos.

Se pudo caracterizar y dotar de contenido la fase formativa, cuya existencia se sospechaba pero que apenas había sido definida antes de las excavaciones en los castros de Torroso y Penalba. El primero presenta una potente estratigrafía y varias fases de ocupación datadas por C14 entre los siglos IX y VII a. C., una arquitectura doméstica con cabañas de planta circular de materiales perecederos que conviven en el último momento con estructuras de mampostería de plantas circulares y mixtas, y unas producciones artesanales con recipientes de cerámica de formas simples y decoración de bandas geométricas incisas, y objetos de bronce propios del Bronce Final; por su lado, el de Penalba comparte muchas características salvo una cronología algo más moderna y una arquitectura doméstica con fondos de cabaña de materiales perecederos, estructuras de combustión bien definidas y ocasionales enlosados. El mayor interés de ambos está en su cronología –Torroso sigue siendo el castro más antiguo conocido–, y en la presencia de los primeros objetos de hierro en territorio galaico, que no pueden ser desligados del comercio fenicio por vía marítima.

Las excavaciones en ambos yacimientos permitieron abordar la implantación del fenómeno *castrexo*, demostrando su carácter original, su dependencia del medio natural y de la agricultura, su condición autóctona –la cultura material es idéntica a la de los asentamientos abiertos de finales del Bronce–, su temprana cronología –cuando menos desde el siglo IX a. C.–, y su relación con la irrupción de los mercaderes semitas en el Atlántico. Lo mismo apuntan los resultados de la campaña 1993 en el Monte das Croas, poblado típico de esta fase, con estructuras habitacionales de mampostería de planta curva y una potente muralla de mampuestos que parece haber sido abandonado cuando no se habían concluido los trabajos de adaptación y edificación.

Las excavaciones avaladas por el Museo en los 80 contribuyeron a dotar de precisión otra fase: la *castrexo*-romana, entre la integración en el Imperio y la concesión del *Ius latii* a los habitantes de la *Gallaecia*. Sucesivas campañas en los castros de Troña, Vigo y Santa Trega contribuyeron a precisar conceptos y a abandonar tópicos; a comprobar cómo tras la conquista unos castros se despueblan y otros experimentan espectaculares crecimientos, mientras no pocos parecen surgir bajo control romano, de lo que se deduce que Roma no habría forzado necesariamente a abandonar los poblados, y que si al final este se produjo, lo fue por los cambios socioeconómicos y políticos posteriores. Ratificaría la ausencia de unidad política y conciencia étnica de los galaicos, su condición de campesinos relativamente pacíficos, la escasa resistencia que ofrecieron, los beneficios que obtuvieron, o su rápida aculturación que desembocó en el modelo social galaicoromano..., la constatación, en fin, de que fue Roma quien definió y articuló lo que entendió que era un territorio con características culturales y étnicas precisas, al que bautizó como *Gallaecia*.

Nuevos modelos de explotación del territorio aportados por la romanización, como las *villae*, también fueron objeto de estudio. Sobresale la de Porta de Arcos, una unidad de explotación agropecuaria dotada de un relativo nivel de comodidades –restos de *hypocaustum*, conducciones de tubería de plomo,...– y de posición económica –cerámicas finas de cocina y de mesa, objetos de adorno, mosaicos...–; o la de Pinténs, que por su ubicación a pie de playa seguramente añadiría el aprovechamiento y transformación de los productos del mar y del litoral.

Los trabajos de campo incluyeron también campañas de prospección sistemática. Hemos mencionado las enfocadas a los grabados rupestres, y no podemos dejar de mencionar las de monumentos megalíticos y, por su novedad, las que se desarrollaron en el medio subacuático. Estas últimas trataron de poner las bases de la exploración de un medio inédito pero de absoluta trascendencia para entender las relaciones exteriores del mundo galaico. Los resultados de las dos breves campañas iniciales –1982 y 1983– fueron espectaculares y mostraron el interés de la actividad; por desgracia, diversos factores provocaron la cancelación de los trabajos.

La intensa actividad de los 70 y 80 inició un fuerte declive tras la restrictiva normativa legal promulgada por la Xunta de Galicia en 1989 y, sobre todo, 1995. Este retraimiento afectó a las líneas de investigación coordinadas por el Museo, de modo que sólo podemos destacar la campaña de 1990 en el yacimiento del islote de Guidoiro Areoso, integrado en el ambiente de cambio del ritual funerario de los primeros tiempos de la metalurgia. Se documentaron dos cámaras funerarias: una, de aspecto totalmente megalítico pero de pequeñas dimensiones, en tanto que la otra es una curiosa construcción de planta concéntrica asociada a cerámicas campaniformes, del tipo *Penha*, lisas, y a dos punzones de aleación de cobre y estaño que suponen las más antiguas muestras de artefactos de bronce conocidas en Galicia y que ratifican los intercambios entre los *finisterres* atlánticos. Con esta campaña y la del Monte das Croas concluye la fructífera labor de coordinación del Museo de Pontevedra en este aspecto de la investigación arqueológica.

Hemos visto cómo los fondos prehistóricos y de la Antigüedad han servido para que desde su fundación el Museo jugase un papel de relevancia en la investigación del patrimonio histórico y en la generación de conocimiento sobre la más antigua actividad humana en el territorio galaico. Aspectos todos que contrastan dramáticamente con la museografía actual, impuesta, como se ha comentado, desde «fuera» del Museo, absurda desde el punto de vista museológico y, lo que tal vez sea peor, aunque atractiva en lo visual, incompleta, sesgada y plagada de errores.

## Bibliografía

- ANÓNIMO (1953): «XVI Exposición organizada por el Museo. Serie didáctica de Prehistoria, Arqueología y Numismática», *El Museo de Pontevedra*, vol. VII, pp. 87-98.
- FILGUEIRA VALVERDE, J. (1948): «Don Casto Sampedro y su Sociedad Arqueológica», *El Museo de Pontevedra*, vol. V, pp. 16-49.
- (1948): «Sumario de la Sección Lapidar del Museo», *El Museo de Pontevedra*, vol. V, pp. 187-209.



- (1987): *El Museo de Pontevedra*. León: Everest.
- FILGUEIRA VALVERDE, J., y D´ORS, A. (1955): *Museo de Pontevedra*. Inscripciones Romanas de Galicia, III. Santiago de Compostela: CSIC.
- FILGUEIRA VALVERDE, J., y GARCÍA ALÉN, A. (1956): *Materiales para la Carta Arqueológica de la provincia de Pontevedra*. Pontevedra: Museo.
- GARCÍA ALÉN, A., y PEÑA SANTOS, A. DE LA (1980): *Grabados rupestres de la provincia de Pontevedra*. A Coruña: Fundación Barrié de la Maza.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (2003): «As coleccións da Prehistoria e Antigüidade», *75 obras para 75 anos. Exposición conmemorativa da fundación do Museo de Pontevedra*. Pontevedra: Museo, pp. 37-56.
- PESQUERA GONZÁLEZ, E., y ULARGUI AGURRUZA, J. (2008): «Ampliación y rehabilitación del edificio Sarmiento. Museo de Pontevedra», *Museos, Espazo e Discurso, IX Coloquio Galego de Museos*. A Coruña: Consello Galego de Museos, pp. 97-103.
- TILVE JAR, M.<sup>a</sup> Á., y LAGE RADÍO, R. (2014): *De templo xesuítico a parroquial de San Bartolomeu. Tricentenario da súa consagración*. Pontevedra: Museo.
- VALLE PÉREZ, J. C. (2003): «O Museo de Pontevedra: pasado, presente e futuro», *75 obras para 75 anos. Exposición conmemorativa da fundación do Museo de Pontevedra*. Pontevedra: Museo, pp. 11-16.
- (2007): «El contexto intelectual pontevedrés: la Sociedad Arqueológica de Pontevedra», *Cancionero musical de Galicia reunido por Casto Sampedro y Folgar*. Coordinado por C. Villanueva. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, pp. 19-47.
- (2008): «Evolución do Museo Provincial na cidade histórica de Pontevedra», *Museos, espazo e discurso, IX Coloquio Galego de Museos*. A Coruña: Consello Galego de Museos, pp. 105-119.
- (2013): «La ampliación y renovación del Museo de Pontevedra», *Actas del IX Encuentro Internacional ICOM-España. Actualidad en Museografía. El Mediterráneo, una oportunidad para compartir. Barcelona* (en prensa).